

FRANCISCO HERNÁNDEZ

ANTE LA INDIFERENCIA DE LA CORTE

Por José Enrique Campillo y Victoria Cuevas

Cuando Hernández llega a Madrid, ansioso por mostrar a Felipe II las maravillas que ha descubierto, le notifican que, de momento, su Majestad no puede recibirle. La noticia debió perturbarle. Sin embargo, era consciente de que, después de casi diez meses de viaje, estaba tan cansado y tan enfermo que necesitaba un tiempo para recuperar fuerzas antes de afrontar esa audiencia real en la que tenía puestas todas sus esperanzas.

Durante los primeros meses, diciembre y las navidades de 1577, se dedicó casi exclusivamente a descansar, a recibir los precisos cuidados médicos y a atender a los numerosos amigos que acudían a darle la bienvenida. Querían escuchar de sus labios el relato de sus aventuras y la descripción de lo que había contemplado, tocado, sentido... según se rumoreaba en la corte, había vivido experiencias sorprendentes. Hay que recordar que era la primera persona que regresaba de América después de realizar un estudio sistemático de la naturaleza del Nuevo Mundo.

Uno de los amigos más interesados era Juan de Herrera, en aquellos días, como arquitecto real, dirigía la construcción de El Escorial. Pero también era conocido por sus inventos, así como sus conocimientos matemáticos y su gran afición a las ciencias esotéricas, así mismo, gozaba de un merecido prestigio como astrónomo y cartógrafo. Sin duda, era el prototipo de humanista renacentista interesado por las ciencias experimentales. Pese a que en los primeros meses de 1577, se le amontonaban los problemas en las obras de El Escorial (*motín de canteros, incendio de la torre de la botica, la complejidad creciente de la basílica*), siempre encontraba un hueco en su trabajo para acercarse a casa de Hernández. Se pasaba las tardes extasiado hojeando aquellas láminas con dibujos coloreados de plantas y animales insospechados, interrogando al amigo sobre cada detalle y empapándose de las descripciones y peripecias que había

recogido en sus libros. Su pasión por sus investigaciones fue tal, que llegó a pedirle prestado alguno para depositarlo en su propia biblioteca y estudiarlo con detenimiento.



Theobroma cacao L. es el nombre científico de este árbol cuyo producto era esencial para la vida y la religión de los mayas y aztecas.

Hernández, como era su obligación de funcionario real, dedicó la forzada espera, a redactar el Memorial con el que debía de rendir cuentas al rey del final de su misión. En este escrito, aprovechó (como ya era habitual en él) para recordarle que no había cobrado nada desde que se había embarcado en Nueva España y incluso, se atrevió a implorarle que le socorriera; puesto que le había servido bien, no debía de permitir que viviera "con encogimiento y necesidad". Con su característico espíritu práctico, se atreve a sugerirle cuál sería la mejor solución para resolver su penuria: "Hágame la merced hora por vía eclesiástica hora por vía seglar, según que vuestra Majestad sea servido, pues en el uno y en el otro estado puedo recibirla". Aunque había estado ausente

siete años, sabía que en España había cosas que no cambiaban: para vivir bien era preciso conseguir del rey un título dentro del estamento nobiliario o un cargo eclesiástico.

Pero a lo que dedica todas sus capacidades persuasivas es a lo que ya era para él una obsesión, la pronta publicación de sus libros: "...que V.M. mande se imprimen estos libros y se comuniquen a todos... y esto sin dilación porque según mi edad y poca salud y el mucho tiempo que para la impresión es menester, conviene que se comience luego". Hernández había captado a través de los comentarios de sus amigos un cierto enfriamiento y desinterés real por la publicación de su obra y sin considerar siquiera que en parte se podía deber a desesperada situación económica de las arcas reales, se lanza a exigir la publicación. Felipe II, con la salud quebrada, estaba demasiado abrumado por los múltiples problemas que surgían por doquier, como para atender las impacencias editoriales de su